

no había comprendido todo el mérito de la tarea del exnotario, y no había saludado su estadística con el entusiasmo que merecía.

Un murmullo que partió del salón, despertando la curiosidad de Troublot y de Octavio los obligó á acercarse á la puerta. Desde allí vieron entrar á una señora, como de cincuenta años, muy fuerte y todavía bella, seguida de un joven, vestido con mucha pulcritud y de aspecto serio.

—¡Cómo es eso! ¿Vienen juntos? murmuró Troublot... ¡Me gusta la frescura!

Eran Mad. Dambreville y León Jossierand. Ella se había encargado de casarle, pero mientras se proporcionaba la ocasión le conservó para su uso; y en plena luna de miel, no se privaban de aparecer en las reuniones de la clase media. Al verlos cuchichearon las madres que tenían hijas casaderas; pero Mad. Duveyrier salió al encuentro de la recién llegada y la saludó con mucho afecto, porque la proporcionaba jóvenes para los coros que se cantaban en sus conciertos. A continuación Mad. Jossierand corrió á su lado y la colmó de atenciones, reflexionando que podía necesitar su ayuda. León saludó con frialdad á su madre: ésta, sin embargo, abrigaba la esperanza de que en su nuevo estado haría algo por su familia.

—Berta no la ha visto á V., dijo á madame Dambreville. Dispénsela V., está enterando á Augusto de un remedio eficaz contra la jaqueca.

—Déjeles V., que así tan juntos están bien, respondió la señora, comprendiendo lo que pasaba, con su golpe de vista perspicaz.

Las dos dirigieron á la niña una maternal mirada. Había logrado empujar á Augusto, hasta colocarse con él en el hueco del balcón, y no cesaba de hacerle mimos. Él, por su parte se animaba, aun á riesgo de aumentar la intensidad de su jaqueca.

Entretanto, en un grupo de hombres graves que se formó en el gabinete, se hablaba de política. La víspera, con motivo de los sucesos de Roma, había habido en el Senado una sesión borrascosa al discutirse el mensaje. El doctor Juillerat, ateo y revolucionario, sostenía que Roma debía pertenecer al Rey de Italia, mientras que el cura Manduit, una de las lumbreras del partido ultramontano, auguraba las más tristes catástrofes, si Francia no derramaba hasta su última gota de sangre en pró del poder temporal de los Papas.

—Quizás se halle un *modus vivendi* decoroso para ambas partes, indicó León Jossierand acercándose al grupo.



A la sazón desempeñaba las funciones de secretario de un abogado, célebre diputado de la izquierda. Durante dos años, sin esperar nada de sus padres, cuya medianía le indignaba, se mostró en el barrio latino como de los más rabiosos demagogos. Pero desde que entró en casa de los Dambreville donde logró calmar sus apetitos, se inclinaba más al grupo de los republicanos conservadores.

—No, no hay acuerdo posible, dijo el cura. La Iglesia no transigirá nunca.

—¡Entonces desaparecerá! exclamó el doctor.

Aunque muy amigos, por haberse hallado diferentes veces á la cabecera del lecho de los que agonizaban en el barrio de San Roque, el doctor flaco y nervioso y el cura, regordete y bondadoso, parecían enemigos irreconciliables. El último tenía siempre á mano una sonrisa afable hasta para afirmar en absoluto sus ideas, mostrándose á la vez tolerante como hombre desnudo que conoce las miserias humanas é intransigente como católico que no consiente que se le toque al dogma.

—¿Qué desaparecerá la Iglesia? dijo Cam-pardon poniéndose furioso, para adular al cura de quien esperaba algunos encargos... ¡Por supuesto! ¡Como si eso fuera posible!

Por lo demás, la mayoría de los circunstantes pensaban del mismo modo: la Iglesia no podía desaparecer.

Teófilo Vabre, que tosiendo y escupiendo tiritaba de frío, soñaba en la felicidad universal por medio de una república humanitaria, fué el único que sostuvo que por lo menos, si la Iglesia no desaparecía, sufriría una transformación.

El cura añadió con voz meliflua:

—El Imperio se suicida. El año próximo cuando se verifiquen las elecciones, lo verán ustedes.

—¡Oh! lo que es respecto del Imperio, le permitimos con mucho gusto que nos libre V. de él, dijo categóricamente el doctor. Nos haría V. un favor señaladisimo.

Duveyrier que escuchaba dándose aire de hombre profundo, hizo un mohin. Aunque de familia orleanista, debía su posición al Imperio y juzgó conveniente defenderle.

—Créanme ustedes, dijo con severidad, no hay que destruir las bases de la sociedad... de lo contrario, se desplomará el edificio entero y nosotros seremos fatalmente los primeros que suframos las consecuencias de la catástrofe.

—Es verdad, dijo M. Josserand, que carecía de opinión sobre el particular, pero



que necesitaba desempeñar de algún modo el papel que le había destinado su mujer.

A partir de aquel momento, todos hablaron á la vez. Ninguno tenía afecto al Imperio. El doctor Juillerat censuraba la expedición á Méjico, el cura Manduit el reconocimiento del reino de Italia. Sin embargo, Teófilo Vabre y aun el mismo León, parecían alarmarse cuando Duveyrier les amenazaba con un nuevo 93. ¿A qué fin las continuas revoluciones? ¿No se disfrutaba de suficiente libertad? Y el odio á las ideas nuevas, el miedo que inspiraba el pueblo al reclamar su parte, calmaban el liberalismo de aquellos burgueses satisfechos. Sin embargo, declararon todos que votarían contra el emperador, porque necesitaba una lección.

—¡Me cargan estos señores! murmuró Troublot que se había acercado al grupo.

Octavio le decidió á ir al lado de las damas. Berta aturdía á Augusto con su charla y sus risas en el hueco del balcón. El mozo, pálido y enfermizo, olvidaba el temor que le inspiraban las mujeres, y se ponía colorado bajo la influencia de aquella niña que caldeaba su rostro con su aliento. A pesar de todo, Mad. Jossierand debió pensar que las cosas iban con demasiada lentitud porque

miró á Hortensia de cierto modo, y ésta comprendiéndolo, acudió á prestar auxilio á su hermana.

—¿Se encuentra V. mejor? se atrevió Octavio á preguntar á Valeria.

—Completamente bien, muchas gracias, contestó tranquilamente, como si nada hubiera pasado entre los dos.

Mad. Juzeur habló al joven de un encaje antiguo que deseaba enseñarle para saber su opinión, y se vió obligado á ofrecerle entrar á visitarla al día siguiente. Después al ver la dama que penetraba en el salón el cura Manduit, le llamó y le hizo sentarse á su lado.

La conversación se hizo bastante general. Las señoras hablaban de los domésticos.

—Lo que es yo, decía Mad. Duveyrier, estoy muy satisfecha de Clemencia: es una chica muy lista y muy curiosa.

—¿Y Hipólito? preguntó Mad. Jossierand, ¿no dijo V. que pensaba despedirle?

En aquel momento, Hipólito, el ayuda de cámara pasaba con una bandeja llena de sorbetes. Era un mozo alto, fornido, de rostro agradable; y cuando se alejó, su ama respondió algo turbada:

—Hemos decidido conservarle... ¡Es tan molesto eso de cambiar de domésticos! Por



otra parte, cuando congenian entre sí... y lo que es yo, no quiero desprenderme de Clemencia.

Mad. Jossierand, notando que el terreno era resbaladizo, se apresuró á aprobar aquella resolución. Además, esperaban casar á la doncella y al ayuda de cámara, y el cura Manduit, á quien los Duveyrier habían consultado sobre el particular, se encogía de hombros como para cubrir una situación que todos los vecinos de la casa conocían, pero de la que ninguno solía hablar. Las demás señoras se desahogaron: Valeria había tenido que despedir aquella misma mañana á una criada, y ya iban tres en ocho días; Mad. Juzeur había resuelto sacar del Hospicio una muchacha de quince años para enseñarla á sus costumbres; Mad. Jossierand no escatimó los piropos de Adela diciendo que era una puerca, inútil para todo, y contando algunas de sus muchas torpezas. Poco á poco fueron engolfándose en aquella conversación, salpicada de historietas de antesala y cocina, y cada cual contó una anécdota, dando lugar á que se celebrase tan pronto la insolencia de un lacayo como el descoco de una fregona.

—¿Conoce V. á Julia? preguntó Troublot á Octavio con acento misterioso.

Y como el joven no supiera qué contestar:

—Querido, añadió; es una mujer lo más barbiana que puede V. imaginar. Vaya V. á verla. Finge uno cualquier necesidad y se cuela en la cocina... ¡Vaya V. y verá V. qué moza!

Aludía á la cocinera de los Duveyrier.

La conversación de las señoras cambiaba á menudo. Mad. Jossierand, describía llena de admiración, una modestísima casa de campo que los Duveyrier poseían en Ville-neuve-Saint-Georges, que sólo había visto de lejos desde un vagón un día que fué á Fontainebleau. Pero á Clotilde no le gustaba el campo, iba muy poco á su posesión y sólo pasaba en ella una corta temporada, cuando su hijo Gustavo que estudiaba retórica en el Liceo Bonaparte salía con motivo de las vacaciones.

—Carolina hace bien en no desear hijos, declaró dirigiéndose á Mad. Hedouin que se hallaba sentada en una silla próxima. ¡Nadie puede imaginar lo que ocupan esos pequeños seres!

Mad. Hedouin dijo que los quería mucho; pero que tenía demasiadas ocupaciones para prestarles la atención que merecían. Por otra parte su marido estaba siempre viajan-



do, y como era natural todo el peso de la casa recaía sobre ella.

Octavio, detrás de su silla, observaba los cortos cabellos rizados de su nuca de un negro muy profundo, y las blancuras de su garganta y de su pecho que se perdían en una nube de encajes. Con las palabras que pronunció acabó de entusiasmar al joven: jamás, ni en el mismo Marsella, había visto una mujer que más le agradase. Era, pues, necesario intentar su conquista, aunque exigiese mucho tiempo y mucho tacto.

— Los niños estropean en seguida á las mujeres bonitas, dijo Octavio queriendo dirigirle la palabra á toda costa y no sabiendo por donde empezar.

Ella le dirigió con lentitud sus grandes ojos y como si le diera una orden en la tienda, dijo:

— No lo crea V., M. Octavio... Al menos, si yo no los deseo no es por eso... La cuestión es tener tiempo para ocuparse en ellos, y eso es precisamente lo que me falta.

Mad. Duveyrier intervino. Había acogido al joven con un ligero saludo cuando Campardon se le presentó, pero comenzó á examinarle después de oírle dirigir la palabra á su amiga, y con vivo interés le dijo:

— Perdóneme V. caballero, pero deseo

hacerle una pregunta. ¿Qué voz tiene V.?

Al pronto no comprendió Octavio; pero al fin respondió que su voz era de tenor, y esta respuesta entusiasmó á Clotilde. Una voz de tenor era un acontecimiento. ¡Son tan raros los tenores! Pero la *Bendición de los puñales*, de los *Hugonotes*, que debían cantar aquella noche, no había logrado reunir más que tres tenores entre sus contertulios, y lo menos necesitaba cinco. Excitada al oír la respuesta de Octavio, con los ojos relucientes de placer, tuvo que contenerse para no someterle en el acto á la prueba. No tuvo más remedio el joven que ofrecerla ir por las noches para ensayar. Troublot detrás de él le hacía señas con el codo, saboreando en su impasibilidad las más feroces delicias.

— Al fin le pescó á V., murmuró, cuando se alejó la dueña de la casa. A mí al pronto me encontró una voz de baritono, después viendo que no la daba gusto me ensayó de tenor; pero tampoco serví para eso, y al fin se resolvió á clasificarme entre los bajos. ¡Esta noche soy de los frailes!

En aquel momento tuvo que separarse de Octavio, porque precisamente le llamaba Mad. Duveyrier para que tomara parte en la ejecución de la pieza más importante de las que componían el concierto. Durante un



rato aquello fué un continuo ir y venir. Unos quince caballeros, aficionados y escogidos entre los amigos de la casa, se abrían paso no sin dificultad para reunirse cerca del piano. Allí se detenían prorrumpiendo en excusas que se perdían en medio del confuso rumor que producían la conversación general, y el aleteo de los abanicos de las señoras que se asfixiaban de calor. Madame Duveyrier los contó y no faltaba ninguno. Distribuyó entre ellos las *particellas* que ella misma había copiado. Campardon hacía de Saint-Bris, un joven auditor del Consejo de Estado, tenía á su cargo algunos compases de la parte de Nevers, luégo ocho caballeros, cuatro regidores y tres frailes, desempeñados por abogados, empleados, propietarios, etc. Clotilde que debía acompañar con el piano, se había reservado el papel de Valentina, y lanzaba entre los acordes desgarradores gritos de pasión, porque no había querido poner á ninguna señora entre los caballeros á fin de tenerlos á éstos muy supinos, y poder regalarles de cuando en cuando las rudezas de un verdadero director de orquesta.

A pesar de haber comenzado la música continuaban las conversaciones, y en el gabinete se oía un ruido intolerable producido

por los vivos altercados de los que politiquéaban. Entonces la dueña de la casa sacando una llave del bolsillo, dió con ella unos cuantos golpes en el piano. Se oyó un murmullo, la conversación cesó, los caballeros se amontonaron en el dintel de las puertas, y por encima de todos apareció un instante el rostro de Duveyrier, muy encendido y con la expresión de una gran angustia. Octavio permaneció de pié detrás de Mad. Hedouin, comiéndose con los ojos la parte del nacarado cuello de su patrona que le permitían ver los encajes. Pero á poco de reinar un profundo silencio se oyó una carcajada, y volvió la cabeza para ver quien se reía. Era Berta que celebraba de aquel modo una broma de Augusto, cuya pobre sangre había caldeado hasta el punto de atreverse á decir equívocos algo subidos de color. Todos los circunstantes se fijaron en la pareja, las mamás se pusieron muy graves y los miembros de la familia se guiñaron el ojo.

—¿Qué loquilla es? murmuró Mad. Josseland con ternura, y lo bastante alto para que la oyeran.

Hortensia, al lado de su hermana la ayudaba con bondadosa abnegación, apoyando sus gracias, empujándole hacia ella, mientras que detrás de ellas por las vidrieras en-



treabiertas, soplabá una agradable brisa que movía el cortinaje de seda encarnada.

Una voz cavernosa resonó, y todas las miradas se dirigieron al piano. Campardon, con la boca desmesuradamente abierta, lanzaba con artístico entusiasmo la frase:

*Sí, la orden de la reina, nos reúne en este sitio.*

En seguida Clotilde hizo una escala, subió y bajó, y con los ojos fijos en el techo y una expresión de terror, gritó:

*¡Yo tiemblo!*

El concertante comenzó, los ocho abogados, empleados y rentistas, con las narices sobre el papel de música, como estudiantes que traducen un trozo de latín, juraban que estaban dispuestos á libertar á la Francia. Este comienzo produjo una sorpresa, el techo demasiado bajo ahogaba las voces, el canto hacía el efecto de un zumbido, algo semejante al ruido de carros cargados de piedra. Los cristales y las lámparas temblaban. Pero cuando la frase melódica de Saint-Bris: *Por esta causa santa*, desarrolla el motivo principal, las señoras reconocieron la música y comenzaron á hacer movimientos

de satisfacción. El calor aumentaba, los caballeros gritaban desgañitándose: *¡Lo juramos! ¡Os seguiremos!* y cada acorde era una explosión lanzada á boca de jarro á los oyentes.

—Cantan demasiado alto, dijo Octavio á Mad. Hedouin.

Ella no le contestó, ni se movió. Entonces, como las explicaciones de Nevers y de Valentina le aburrían, tanto más cuanto que el auditor del Consejo de Estado desafinaba á menudo, se acercó á Troublot, quien mientras llegaba el momento de la entrada en escena de los frailes, con un guiño de ojo le indicó el hueco del balcón donde Berta proseguía sitiando á Augusto. A la sazón se hallaban solos y en el mismo balcón, mientras que Hortensia, un poco separada de ellos oía la música, jugando maquinalmente con el cordón que sujetaba una de las cortinas. Nadie los miraba, hasta las mismas Mad. Jossierand y Mad. Dambreville habían separado los ojos del balcón, después de cambiar una mirada de inteligencia.

Clotilde, en tanto, profundamente preocupada de su papel de director de orquesta, sacaba la cabeza por encima del piano y apuntaba á Nevers el juramento.

*¡Toda mi vida es vuestra!*